

Rombos y triángulos

En los muelles se hablaba mucho sobre sirenas. Siempre, en algún bar, durante la noche, se paraba arriba de una mesa y gritaba, completamente borracho:

- ¡Yo vi una sirena!

La respuesta, todas las veces, sin falta, era la misma: el bar entero, en su mayoría marineros que disfrutaban de una última noche antes de zarpar, levantaban el vaso en un brindis eufórico.

La mayoría se vanagloriaba de haber corrido la misma suerte, y poder vivir para contarlo.

Esa noche se quedó en la mesa de un viejo barbudo que le faltaba un ojo.

-La melodía más hermosa que escuche en mi vida- repetía el viejo pufando su pipa

Hacia cincuenta años que contaba la misma anécdota, él la escuchaba por primera vez, completamente borracho, por cierto.

Al día siguiente tenía que embarcarse, no le importaba, por alguna razón trabajaba mejor con resaca, además esa noche podía dormir en el barco, no zarpaban hasta el mediodía.

La realidad era que él nunca había visto una sirena, pero sabía muy bien que de esa manera podía captar la atención de algún viejo marinero que contara su encuentro, que compartiera su anécdota, anécdota que el escucharía con suma atención.

Pretendía recopilar la mayor cantidad de información para cuando llegara la hora de ese primer encuentro. Encuentro que él sentía próximo a concretarse. Podía ver como señales que había aprendido a ignorar muy bien en su temprana adolescencia volvían para ahuyentarlo a sus casi treinta años de edad.

Siempre había sentido una conexión muy fuerte con el mar y cuando sus padres fallecieron y quedó huérfano a la edad de catorce años, no vio razón alguna para quedarse en tierra firme.

-Vos no deberías estar acá- le dijo un tipo al menos veinte años mayor que él, una cicatriz cruzaba su cara, tenía la piel curtida por la salitre y el tatuaje de un triángulo en su brazo derecho

Era su primera vez en un barco pesquero, la mañana era de un gris sofocante, las gaviotas volaban hambrientas sobre sus cabezas.

Él se limitó solo de mirarlo fijo a los ojos, pasar por su lado, callarse la boca y ponerse a trabajar. Esa noche terminó completamente agotado, era de madrugada y no podía dormir.

Guiado por su intuición, se levantó, salió de su camarote y se acercó a la proa. Pensaba en sus padres, con la misma intensidad en las que las olas se mecían suavemente contra el barco, hasta que escuchó un susurro detrás suyo, quiso voltear, pero un intenso dolor cruzó su cuello y tapó sus oídos.

Cayó rendido agarrándose la cabeza, no sabe cuánto tiempo estuvo en el suelo pero cuando abrió los ojos ya era de día.

-Te dije que no deberías estar acá- le dijo enojado el mismo tipo del tatuaje, escupió por la borda y siguió con su trabajo matinal

Los otros, más razonables, susurraban por lo bajo que se había encontrado a una sirena. Ni en ese ni en otro puerto cercano existía alguien con tan celebre avistamiento a tan corta edad. Su reacción era la misma en cada oportunidad en la que alguien le preguntaba al respecto.

- ¿Y a vos que te paso esa noche? - balbuceo el viejo

En una mano tenía la pipa y con la otra se empinaba el vaso de cerveza, estaba casi vacío, solo le caían unas pocas gotas directo a la barba canosa y manchada de tabaco.

-Prefiero no hablar al respecto- dijo, y detrás suyo se escuchó el ruido de cristales rotos

Se había desatado una pelea, el bar estaba lleno. Desde donde estaban sentados podían ver el total de las mesas, todas alborotadas, gritando, escupiendo, insultando; excepto por una, al fondo. Tres personas tomaban silenciosamente, como si nada estuviese ocurriendo a su alrededor. Lo miraban fijo. Uno llevaba el tatuaje de un triángulo en su brazo derecho.

Quiso voltear la cabeza para mirar la pelea pero un dolor seco cruzó su cuello. La mesa del fondo lo seguía mirando.

Señal inequívoca.

Se levanto de la mesa tambaleando y se dirigió al baño.

Estaba sentado contra una pared, por lo tanto tenía que cruzar hasta el otro extremo del salon, esquivó trompadas, sillazos y empujones, entró al baño y cerró la puerta.

Los oídos se le taparon y sintió, de nuevo, el dolor en el cuello.

Quiso mirarse al espejo pero estaba roto, se mojó la cara y sus oídos se destaparon.

No escuchaba ruido alguno de la pelea, lo cual le pareció muy extraño, abrió la puerta despacio y notó que no quedaba nadie en el salón y la única luz que lo iluminaba, además de la del baño, era del farol del otro lado de la calle.

Estaba muy borracho como para hacerse preguntas y poder contestarlas.

Cruzó el bar a oscuras, salió por la puerta y dobló hacia la derecha... hacia el muelle.

En su recorrido no vio nada particularmente extraño, excepto por un encuentro que tuvo justo antes de subir al barco.

Una tormenta se había formado mientras estaba en el bar, y ahora se mostraba enojada, con sus primeras descargas eléctricas.

Pensaba en los tipos del bar, los de la mesa del fondo, y de donde era que los conocía, cuando de repente un relámpago iluminó toda la calle. Pese a su estado de ebriedad pudo ver unas siluetas que venían a su encuentro. Aparecieron de la nada, eran dos mujeres vestidas con ropas muy antiguas, una de ellas tenía el tatuaje de un rombo en su antebrazo izquierdo, y sostenía un paraguas.

Caminaban a la par, sincronizadas, y estaban a punto de chocarlo de frente. Un segundo antes se separaron y cada una le rozó un brazo, volviéndose a encontrar unos metros detrás de él. Sus pasos sincronizados se perdieron en la noche.

Sorprendido por semejante intervención, se detuvo en seco. Desde donde estaba se podía ver el barco, leía el nombre pintado en un costado de la proa "Bastos", no sabía por qué se llamaba de esa

manera. Continuó su caminata, entró al Bastos y fue a su camarote. Acostado pensó en la mujer del tatuaje y afuera se largó a llover torrencialmente.

- ¡Arriba hijos de la mismísima mierda, a trabajar! - gritó entrando de una patada en los camarotes

El capitán era un buen tipo. Se habían conocido unos meses después de su primera vez en altamar. Cuando le preguntó si había visto una sirena, él le respondió con un rotundo " ¿Que te importa? ".

Le cayó bien de entrada.

Tampoco le quiso decir su nombre, desde que sus padres habían muerto no veía sentido tener alguno, cualquiera le venía bien.

-Billie te voy a llamar- le dijo riendo

Buscaba nuevos tripulantes, el grumete anterior había desaparecido, nadie lo veía desde que habían tocado tierra, el muelle estaba repleto de gente que iba y venía; ellos, a punto de zarpar

-Me falta gente en el barco ¿Quieres sumarte?

-¿Qué pescan?

-Centollas.

-Okey- contesto levantando los hombros

Desde ese entonces siempre supo que tenía lugar en su tripulación, aprendió mucho a su lado, obedeciendo cuando tenía que hacerlo, y desacatando ordenes cuando así lo sentía. El capitán ya se había acostumbrado, supo encariñarse bastante con él. Sabía que, sin importar que tanto se hubiese emborrachado la noche anterior, el trabajo lo iba a hacer igual, o mejor.

Y esa mañana, Billie no era el único despertándose después de una borrachera, todos parecían haber tenido la misma idea.

-Danos cinco minutos- dijo el cocinero, Nick, que dormía en la letrina de arriba

-Cinco minutos un carajo- respondió el capitán enojado- El grumete nuevo ya se les adelantó, dale, arriba, hay trabajo que hacer.

Billie lo conocía, le recordaba a él cuando entró a trabajar por primera vez para el Capitán, hacía su trabajo con creces.

Se sentó en la cama y se puso el calzado.

-Ahí vamos- le dijo al capitán, que cerró dando un portazo.

Era una tripulación de seis, contando al grumete, en el camarote también dormían dos primos.

Se llevaban poca diferencia de edad, y se parecían bastante, bien podrían pasar como hermanos. Rozaban casi los sesenta años y habían pasado su vida entera en altamar. Si tocaban tierra era, pura y exclusivamente, para visitar los burdeles de cada muelle y volver al barco.

A decir verdad, eran bastante despreciados por cualquiera que los conociese, mantenían poca conversación y si lo hacían no eran nada agradables.

- ¿Se pueden levantar ustedes dos? - preguntó Billie, ya listo para trabajar

El mayor de los primos contesto dándole dos golpes a la pared.

Nick, que no había entendido, miro a Billie frunciendo el entrecejo.

-Dos golpes por si y uno por no- le contestó este- Ya deberías saber eso ¡Vamos! Hay trabajo que hacer.

El día siguió su curso natural, y así lo hizo el barco y su tripulación.

Cuando se cansaba de las tareas repetitivas que comprendían la rutina de un barco, buscaba entretenimiento en las estúpidas conversaciones que mantenían los primos.

...y le tuve que romper la boca de una piña, escúchame, como me iba a mirar así- dijo el mayor de los primos mientras bajaba una jaula llena de centollas.

-A mí el otro día también, se salvó porque estaba borracho- el menor agarraba, con sospechosa suavidad, la pata del crustáceo, y la dejaba en una canasta- tuve que ir al callejón a sacarme la bronca- siguió diciendo

El grumete los miraba sorprendido, hacia varias semanas que navegaba con ellos, pero aún no se acostumbraba.

- ¿Y vos que miras, púber? - le preguntaron al unísono

-Esa tensión que sienten cuando ven a otro, en un bar, o donde sea, es la normal entre dos personas que quieren ocupar el mismo lugar...- le explico el grumete apoyado en su escobillón, inocentemente

Los primos lo miraron ofendidos.

- ¡Que sabes vos! Gritaron ambos- ¡Anda a ayudar en la cocina seguro te necesitan!

Se dio vuelta y se fue caminando despacio, los otros dos lo siguieron con la mirada, cuando se perdió de vista continuaron juntando centollas.

A él la resaca no se le había pasado del todo, aún así trataba de recordar la noche anterior. Tenía varias imágenes mentales; la pelea del bar, el espejo roto y un paragua.

Trataba de dilucidar las horas perdidas cuando sintió algo extraño, silencio. Solo podía escuchar el sonido del mar, los primos habían dejado de hablar a los gritos. Dejó de hacer lo que estaba haciendo y se acercó a ellos, hablaban, pero en susurros.

...te digo que estaban los tres, ayer, en el bar.

-Menos mal que no fuimos- dijo el menor asustado- ¿Cómo vamos a juntar tanta plata?

-No lo sé... no lo sé ¡Ah, pero mira quien vino! -

Billie se había acercado lo suficiente como para ser notado.

Se rumoreaba bastante acerca de él en el puerto, sabían que no tenía familia, nunca visitaba burdeles y trabajaba en el mar desde hacía más de una década. La verdadera pregunta que todos se hacían era ¿Qué hacía con el dinero?

Los primos, habiendo encontrado una solución, se miraron en complicidad, y se voltearon a verlo, hambrientos. Él, que había escuchado atentamente, preguntó haciéndose el desentendido

- ¿Ustedes saben por qué el barco se llama bastos?

Ese día tuvieron la pesca más grande que el barco hubiera visto, al punto que debieron regresar al puerto a descargar. Él aprovechó, luego de realizar su trabajo, de dar un paseo por el muelle, y le ocurrió algo que podía sumar a la lista de extraños acontecimientos que le venían sucediendo hace tiempo.

Caminaba esquivando redes y mirando a los marineros hacer su trabajo cuando sintió una sombra en el cielo. Es de saber general que las aves vuelan en forma de V, turnando su formación, de manera que todas comparten la misma cantidad de tiempo en la punta cortando el aire para las demás. Pero lo que él vio, y le llamó extremadamente la atención, fue que volaban en forma de rombo.

Estupefacto, contempló la escena varios segundos, bajó la mirada buscando a alguien con quien compartir la escena, pero lo que se encontró fue la mirada de soslayo, con absoluto desdén, de todos los marineros que se encontraban en el muelle, que habiendo detenido sus quehaceres, permanecían inmóviles.

Reanudaron con su trabajo, como si nada hubiera sucedido, solo cuando vieron que un gato se acercó a sus tobillos, ronroneando. Se agachó a acariciarlo, pero el gato, jugando, le clavó las garras en la mano.

Hizo lo único que le parecía sensato en esos momentos, anotarlo en su bitácora de viaje. Para ello tuvo que regresar al barco, en el camino de vuelta vio al mayor de los primos hablando agitadamente con el hombre del bar, el del tatuaje en el brazo.

Ahora, sobrio, podía recordarlo.

Era el mismo que, en su primer día en altamar, le dijo que no pertenecía ahí.

Cuando lo vieron venir, dejaron de discutir y se despidieron animosamente, parecían que se habían puesto de acuerdo en algo porque el del bar lo despidió haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

Entró al Bastos y a su camarote.

Las entradas en su diario databan de las primeras veces en las que estuvo en un barco; contaba lo mucho que tuvo que aprender para soportar y llevar una vida de mar, y también hacía cuenta de los sucesos extraños que le acometían. Una de ellas, con fecha en la primera quincena de marzo rezaba:

“11 de Marzo

Costas de la Isla Verdacia

Esta vez fue peor que las anteriores, y otra vez recurro a la única opción que conozco para no perder la cordura.

Escribirlo.

Desperté sobresaltado en mi camarote y escuché una especie de melodía, un canto, la voz armoniosa de alguien que me llamaba.

Invadido por una imperiosa curiosidad, salí y me acerqué a la proa, fue ahí que me di cuenta que la voz provenía del mar, o era del mar, no podía descifrarlo.

Me acerqué a mirarlo y una luz desde debajo de las olas calmas brillo intensamente.

Ante mi sorpresa, una criatura se sumergía hacia el fondo, dejando ver una cola con escamas brillantes de color cobre, en ese momento sentí una fuerza que me empujó hacia delante.

Hubiese caído directamente al mar de no haber sido por una de las jaulas que usamos para juntar centollas, justo cuando golpeé con el pecho la punta de la jaula de metal, me encontré en mi camarote, acostado en mi letrina.

Tardé unos segundos en comprender que lo que había vivido era un sueño, pero cuando me incorporé, y me senté en la cama, una herida en mi pecho comenzó a sangrar.

La limpié cuidadosamente, no dolía, y no duele.

Y si lo escribo acá es solo porque sé muy bien que no podría confiárselo a ninguno de la tripulación; y que tampoco ofrecerían respuesta alguna. ''

Se recostó en su cama, dispuesto a escribir acerca de lo ocurrido en el muelle, y anotó:

''11 de marzo...''

Tuvo que dejar de escribir, no había caído en la cuenta... se cumplía un nuevo aniversario de la muerte de sus padres.

No pudo ni pensar en ellos que la puerta del camarote se abrió de un golpe, el mayor de los primos entró y comenzó a interrogarlo.

- ¿Qué hacías paseando? ¿No tenés trabajo que hacer? - escupió este apoyándose en su letrina con una mano

Escondió su diario en el bolsillo, lo miró displicente e ignoró su pregunta. El otro, ofendido, lo siguió molestando:

- ¿Qué te paso ahí? - le preguntó señalándole el pecho

Sus vestiduras dejaban entrever una cicatriz que le bajaba hasta el esternón.

Billie se puso su chaleco y se fue sin darle respuesta alguna. No volvió hasta la mañana siguiente.

Todos estaban esperándolo.

- ¿Se puede saber dónde estabas? - le preguntó el Capitán enojado

-Estoy seguro de que me sabrás entender- le contestó este, yendo a su camarote

El capitán, en un gesto fraternal, se dio vuelta y le gritó al resto de la tripulación:

- ¡A trabajar, vamos! ¡Estamos atrasados!

No dijo mucho durante el día, se lo vio hasta melancólico. Cualquiera podía suponer que algo le inquietaba, y que ''ese algo'', ocupaba gran parte de sus pensamientos.

Al atardecer, cuando el trabajo había mermado, se encontraron todos en la cubierta, excepto por el capitán.

Los primos se comportaron extraño durante toda la jornada, hablaban en susurros y de tanto en tanto se volteaban a mirarlo, creyendo que él no podía darse cuenta.

El grumete se le acercó y le preguntó por lo bajo:

- ¿Es verdad lo que se dice?

- ¿Qué se dice? - preguntó Billie sin interesa

-Que en realidad no son primos.

-La verdad que no me interesa en lo más mínimo lo que sean estos dos imbéciles- contestó con desdén- deberías preocuparte solo por vos.

Justo en ese momento una sombra cubrió la cubierta, una bandada de pájaros sobrevolaba el barco, lo hacían en forma de rombo.

El grumete, extasiado ante semejante escena, hizo un ademán de avisarle a los primos, que, ensimismados en sus susurros, permanecían indiferentes a lo que sucedía.

-No es buena idea- le advirtió Billie, negando lentamente con la cabeza

El chico quería señalarle a los primos el avistaje que se estaban perdiendo, siguió a los pájaros con la mirada, y cuando se perdieron en el horizonte se fue, con una sonrisa en su cara, hacia la cocina, a auxiliar a Nick.

Se acercaba la hora de la cena.

Decidió saltar la comida e ir directamente a su camarote. Acostado no hacía otra cosa que pensar en todo lo que le venía inquietando hace tiempo; las conversaciones de los primos, la gente del bar, la mujer del paragua, y aquellas señales que se habían incrementado considerablemente. Pensó tanto que, sin darse cuenta, se quedó dormido.

Al despertar, el horro se apoderó de él, no era capaz de mover ni un solo centímetro de su cuerpo. Estaba estático y sentía una fuerte presión sobre su pecho que hacía que le costara respirar. Creyó prudente cerrar los ojos y esperar que pase. Cuando así lo hizo, su oído se agudizó y pudo escuchar una hermosa melodía que provenía de afuera y que relajó cada músculo de su cuerpo.

Cuando recobró el movimiento, aún alarmado, se sentó en la cama. Todavía podía, aunque vagamente, escuchar la melodía, se levantó y salió en búsqueda de su fuente. Sus pasos lo guiaban hacia el mar pero se vio interrumpido cuando, al pasar por la cocina, escuchó una conversación que provenía de dentro.

-...te digo que ahí es donde guarda a plata, lo vió salir ayer de esa casa... tenemos que hacerlo ahora- el mayor de los primos se escuchaba bastante agitado desde detrás de la puerta- Mañana volvemos al puerto, antes de que se nos adelanten... Hay que hacerlo ya.

- ¿Mientras esta dormido? - preguntó asustado el menor de ellos

-Si, mientras duerme y vos vas a tener que ayudar a tirarlo al mar- le ordenó enojado

El deseo no estar ahí, estar en cualquier otro lado que no sea escuchando esa conversación, y la melodía se escuchó aún más cercana. Dispuesta a seguirla, se dejó llevar y caminó hasta la punta de la proa.

Desde allí pudo ver a una mujer hermosa, flotando en el mar, su mirada pacífica lo calmaba, y lo supo. Supo que su vida entera lo había llevado a ese momento, que ese era el único lugar en el que tenía que estar, y estaba a salvo.

No sintió miedo, estaba dispuesto, sabía lo que tenía que hacer, ya estaba preparado.

Seguía mirándolo, el mar parecía parte de ellos, y ella, del mar. Flotaba dentro de un halo brillante que desprendían sus escamas de cobre. La melodía seguía sonando, pero ella no era la que cantaba, y aun así, podía ver en su mirada que los dos la escuchaban por igual.

Todavía flotando, asintió con la cabeza, se elevó por sobre las olas y se sumergió en el agua.

Él, sin pensar dos veces, se tiró de un clavado.

- ¡Felicitaciones por el barco nuevo!

Con la cabeza apoyada arriba de la mesa, abrió los ojos. El bar estaba repleto, sentado frente a él, un viejo fumando en pipa.

- ¿Qué? - preguntó

Tenía un solo ojo abierto, se desperezaba con bastante parsimonia, no parecía entender como había llegado ahí.

-Te felicito por la compra, yo nunca pude ahorrar, toda la plata de los barcos me la gasté acá.

El viejo dejó la pipa arriba de la mesa, y se empinó el vaso de cerveza, solo unas cuantas gotas caían.

Desde donde estaba sentado, contra la pared, podía ver el total del bar. Al fondo, una mesa vacía, las sillas estaban arriba de la mesa, como si recién hubiesen barrido bajo ella.

Se levantó y fue al baño, se miró al espejo, estaba sano, se mojó la cara y salió de nuevo al salón; lo cruzó y se fue.

Doblo a la derecha, hacia el muelle, podía ver desde donde estaba, su nuevo barco, el nombre al costado de la proa era otro.

Intento leerlo, pero de la nada, a su encuentro surgió una mujer, tenía un paraguas en la mano; se detuvo justo frente a él, le dio el paraguas y siguió caminando.

Antes de llegar al muelle se largó a llover torrencialmente, pero él no se mojó, entró su barco, podía leer bien el nombre.

Y sabía muy bien la respuesta en caso de que alguien preguntara el por qué.

FIN